1483

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA CABEZA Y EL CORAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Guerrero

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

17

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Indio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el abijado de todo el mun
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huésp
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinelo
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla tale
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

LA CABEZA Y EL CORAZON.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lacabezayelcoraz25112guer

LA CABEZA Y EL CORAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON TEODORO GUERRERO.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Tacon, de la Habana, á beneficio del primer actor D. Manuel Ossorio.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARQUESA	Sra. Condesa Valentini.
SOFÍA	Doña Cármen Planas.
CONDE DE LA PAZ	D. Manuel Ossorio.
DON LINO	D. José Robreño.
DON CÁRLOS	D. Vicente Segarra.
DON JULIO	D. José Daza.
RAMON	D. Joaquin Armenta.

La escena pasa en una quinta de Carabanchel.
Año 1840.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con que haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala cerrada con dos ventanas al fondo, que estando abiertas dejan ver el jardin.—Dos puertas á la derecha, que dan, la primera al recibimiento y la segunda á lo interior.—Otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA está sentada á la izquierda con la cabeza apoyada en una mano. Al otro lado, D. LINO, lee un periódico y da muestras de hallarse agitado.

LINO. Perdí jugando á la baja;
vamos, no vuelvo á jugar,
porque no puede ganar
quien las cartas no baraja.
¡La Bolsa!... ¿El papel subió? (Con ironía.)
Algo á mi costa aprendí;
sé que la prima perdí,
pero el primo he sido yo.

MARQ. (Levanta la cabeza y le mira.)
¡Hola! ¿habla usted solo, tio?

LINO. Hablaba con mi dinero.

MARQ. ¡Qué pasion!

LINO. Sobrina, quiero
mi capital, porque es mio.

MARQ. (Con disgusto.) El dinero es una cosa

613455 668596

tan vulgar...

LINO. Sobrina mia,
tú vives de poesía;
pero yo vivo de prosa.
¡El dinero! El que calcula,
como yo, sueña con él;
es el único papel
que en todas partes circula.
La verdad es siempre el oro,
pues conserva su valor;
cien mil billetes de amor
doy por uno del Tesoro.
Es el amor un estanco,
pero de ilícita renta;
de billetes se alimenta,
mas no los admite el Banco.
Cada cual con su manía
corre en busca de un filon;
¿tú explotas el corazon?
yo exploto la minería.

MARQ. Inspira usted confianza,
y engaña á los negociantes.

LINO. Tú engañas á tus amantes
con la mentida esperanza.
Yo doy mi dinero á rédito;
tú das tu amor; engañamos,
y en ese juego ganamos:
todo aquí es cuestion de crédito.
Cada cual por sí trabaja;
¿eres feliz cuando ves
un nuevo amante á tus piés?
Yo un nuevo duro en mi caja.

MARQ. Hay verdad en la pintura
que usted de mi amor ha hecho.

LINO. (Se levanta.) Sobrina, leo en tu pecho.

MARQ. (Sonriéndose.) No siempre, se me figura.

LINO. ¿Finges del amor la llama?

MARQ. Fingir por cálculo ansío,
porque usted ignora, tio,
cómo en el mundo se ama.
Los hombres saben jugar
á amor, como á *l'écarté*;

jugando de mala fe
siempre consiguen ganar.
Lo toman por distraccion;
cambian, no de amor, de nombres,
sin sospechar muchos hombres
que tienen un corazon.
Si yo sintiera en el alma
arder devorante fuego,
conociendo tanto el juego,
¿á perder iba la calma?
Desden el hombre me inspira,
que adivino su intencion:
si es mentira su pasion,
¿con qué pago? Con mentira.
Con una medalla igual,
la mujer por el anverso
y el hombre por el reverso,
se pagan: cuenta cabal.

LINO. ¿Y por qué pierdes el tiempo
en ese juego de azar,
si en él nada has de ganar?

MARQ. Yo juego por pasatiempo.

LINO. Así te diviertes; eres
la reina de los salones,
iman de los corazones
y envidia de las mujeres.

MARQ. Me adula usted.

LINO No, no miento;
de lo que digo ¿quién duda?
Eres bella y eres viuda:
caudal te sobra; talento...

MARQ. Sí? (Riéndose.)

LINO. Tu posicion te abona;
llevas un ilustre nombre,
y no hay en Madrid un hombre
que resista á tu persona.

MARQ. Está usted hoy muy galante.

LINO. No es porque tengo buen dia,
pues hoy la fortuna mia
es como tú de inconstante.

MARQ. Esa palabra no afrenta.

LINO. ¡Te adoran tantos!

MARQ. ¡Yo no!
LINO. Soy tu confidente yo;
pero ya perdí la cuenta.
Una vez sola te ví
mostrar verdadero afan:
fué á Enrique de Santillan.
¿Ya no le recuerdas?
MARQ. Sí.
LINO. ¡Te amaba tanto!
MARQ. ¡Era un niño!
Encendió viva mi llama,
y le amé como se ama
con ese primer cariño.
Él á Méjico marchó
y nada volví á saber...
LINO. ¿Habrá muerto?
MARQ. Puede ser.
LINO. ¿Le olvidaste?
MARQ. Me olvidó.
Han corrido quince años,
y me ha aleccionado el mundo;
á aquel cariño profundo
siguieron los desengaños.
LINO. (Con malicia.) Sin embargo, hallas solaz
en amor; hoy, por ejemplo,
ocupada te contemplo...
MARQ. ¿Hoy? ¿Del Conde de la Paz?
LINO. Sí; del guerrero invencible
cuyo amor ya te envanece,
cuya conquista te ofrece
un laurel inmarcesible.
MARQ. No se equivoca usted, tio;
me interesa esta conquista.
LINO. (Riéndose.) Ya lo sé; soy agiotista,
y entiendo...
MARQ. (Sorprendida.) ¿Es agio lo mio?
LINO. ¿Es otra cosa el amor
que un agio? Sin trampas juega;
verás cómo te la pega
el más diestro jugador.
MARQ. El Conde...
LINO. Es fuerte en la lid.

MARQ. Con hombres; mas con mujeres...
LINO. ¡Terrible enemigo eres!
MARQ. La campaña no es Madrid.
LINO. Dicen que le causa enojos
el amor.
MARQ. ¡Amor es ciego!
LINO. Le respetó siempre el fuego.
MARQ. No era el fuego de unos ojos.
LINO. ¡Mucho encomian su valor!
MARQ. Diz que aunque más de una dama
se vió prendida en su llama,
ninguna le inspira amor.
LINO. ¿Tú le conoces?
MARQ. De vista.
Tanto me hablaron de él
que desde Carabanchel
hacer pienso su conquista.
La Condesa del Espino
á visitarme le envia,
y ya le espero.
LINO. Á fe mia
que lo arrastra su destino.
MARQ. Voy á arreglar mi tocado, (Se levanta.)
que aquí come el general.
LINO. ¡Oh! no me parece mal;
¿á comer le has convidado?
¡Buen principio, por mi vida!
Para las lides de amor
no encuentro campo mejor
que una mesa bien servida.
Dá el Champagne atrevimiento.
MARQ. No habla el Conde de la Paz.
LINO. Hoy habla: es siempre locuaz
un estómago contento.

ESCENA II.

DICHOS, RAMON por la derecha.

RAMON. Señora Marquesa, un hombre
hablar quiere con vuecencia,
y á pedir vengo licencia...

MARQ. ¿Quién es?
RAMON. No dijo su nombre;
y no permití que entrase
sin avisar.
MARQ. Y ¿de dónde
viene?
RAMON. De Madrid.—El Conde
de la Paz...
MARQ (Interrumpiéndole.) Dile que pase.
(Ramon se retira.)

ESCENA III.

MARQUESA, D. LINO, despues el CONDE.

LINO. Ya se acerca el enemigo;
prepara la batería,
que este será algun espía.
MARQ. Hoy á vencerlo me obligo.
(La Marquesa y D. Lino vuelven á sentarse. Entra el Conde disfrazado de viejo, con peluca y grandes bigotes blancos; se detiene en la puerta, se estremece ligeramente al ver á la Marquesa, pero se repone en seguida y se adelanta con decision.)
CONDE. (¡Es ella!) Á la paz de Dios.
MARQ. (Conteniendo la risa.)
(¿Quién será? ¡Qué traza tiene!)
Dios sea con el que viene.
CONDE. Tambien con ustedes dos.
LINO. Mil gracias.
MARQ. ¿Quién es usted?
CONDE. Yo soy Mariano Corrales,
sargento de provinciales,
servidor de su merced.
LINO. ¿Y usted busca?... (Con altanería.)
CONDE. Á la Marquesa
del Saladar.
MARQ. Pues yo soy.
CONDE. Á entregar el parte voy,
que es lo que aquí me interesa.
MARQ. Vamos.
CONDE. Yo he sido soldado,

señora.

LINO. (Ya se conoce.)

CONDE Y no he tenido más roce
que con los que han militado.
No extrañe usted mi rudeza,
que mi lengua es siempre sana;
aunque á la pata la llana
hablo siempre con franqueza.

MARQ. Hable usted, pues, como guste,
pero que al cabo sepamos
qué es lo que quiere.

CONDE. Á eso vamos.

MARQ. No tema usted que me asuste.

CONDE. En provinciales, señora,
conocí á mi coronel.
¡Qué valiente!

MARQ. Y ¿quién es él?

CONDE. El que es general ahora.

MARQ. ¿El Conde?

CONDE. Sí; bien ganó
el título que le dieron;
y por Dios que poco hicieron,
porque la paz conquistó.

MARQ. ¿Y es él quien acá os envia?

CONDE. ¿No lo dije ya?

MARQ. No tal.

CONDE. Cuando hablo del general (Sonriéndose.)
mi cabeza se extravía.
Salí de Madrid con él
hará lo más media hora,
é hicimos alto, señora,
en este Carabanchel.
Apenas el carruaje
en la fonda nos dejó,
venir aquí me mandó
mientras se muda de traje.

MARQ. Hace mal; de cualquier modo
entrada en mi casa tiene.

CONDE. Á las costumbres se aviene;
con ellas no me acomodo.
Aquí los hombres son buenos
segun la ropa; me espanto

de que valgan tanto ó cuanto
por un fraque más ó ménos.
En la guerra todos son
uniformes; sobresalen
los hombres por lo que valen:
se pesa allí el corazon.

LINO. (Sonriéndose á la Marquesa.)
Es filósofo el sargento.

MARQ. Pero dice la verdad.

CONDE. Es mi mejor cualidad;
yo, señora, nunca miento.

MARQ. ¿Tambien piensa el Conde?...

CONDE. (Con intencion marcada.) Sí:
piensa lo mismo que yo;
la experiencia me enseñó,
y lo ha aprendido de mí.
Él huye de los engaños
del mundo, y yo le aconsejo;
me escucha porque soy viejo:
para algo sirven los años.
Le quiero por egoismo,
pues él hizo mi carrera;
no es extraño que le quiera,
señora, como á mí mismo.

MARQ. ¡Es valiente! Se han contado
muchos rasgos de su ardor.

CONDE. ¿Quién duda de su valor?
¡Es español y soldado!
Él, consagrado á la guerra,
sueña siempre en la victoria,
que sus momentos de gloria
son sus goces en la tierra.

MARQ. Hoy, afirmada la paz,
hallará nuevos placeres,
porque el mundo y las mujeres
campo ofrecen de solaz.

CONDE. (Con sonrisa maliciosa.)
¿El mundo?... Hiciera muy mal.
De él escapan sanos pocos;
es una casa de locos,
y es muy cuerdo el general.
¿La mujer?... Tiene sus prontos,

pero no le gusta el ramo;
la mujer es un reclamo
para los pájaros tontos.
Él no se agita impaciente
por sus guiños y sus galas,
porque sabe que son malas,
sin agraviar lo presente.
Sabe que ellas son astutas
y que estudian sus maneras;
que son sus ojos... banderas
que enganchando van reclutas.
Es un enemigo fuerte
que siempre ataca á traicion,
y escondiendo el corazon
tira los golpes de muerte.

MARQ. El señor Corrales mal
quiere á las damas.

CONDE. Soy viejo.

LINO. Tal consejo...

CONDE. Mi consejo
no hace falta al general.
Me retiro; sólo siento
si algo dije en mi rudeza...

MARQ. (Se levanta.) Vuelva usted; esa franqueza
me gusta, señor sargento.

CONDE. ¿Doy aviso al Conde?

MARQ. Sí.
(¿No quiere? Lo rendiré:
¡sospecho que al fin hallé
contrario digno de mí!)

(Entra por la primera pnerta de la derecha. El Conde se queda pensativo, siguiéndola con la vista. Don Lino se levanta, observa un momento al Conde, y despues le toca en el brazo, hablándole con tono irónico.)

ESCENA IV.

CONDE, D. LINO.

LINO. (Este viejo me conviene;
tiene la lengua de plata.)

¡Hola, hola, señor Corrales!
¿se emboba usted con las faldas?
La mujer es un reclamo...

CONDE. (Sonriéndose.) ¡Qué! ya para mí no canta;
soy perro viejo, y no puedo
seguir la pista á la caza,
pues las piernas me flaquean.

LINO. Y ¿por qué entónces miraba
á mi sobrina con ojos
de aficion? ¡Vamos, que es guapa!

CONDE. ¡Demasiado! En el infierno
se condenan muchas almas
por hembras que ménos valen.

LINO. ¿Y usted no se condenara?

CONDE. Yo estoy en el Limbo, y tengo
la fibra de hoja de lata.

LINO. (Si del Conde me dijera...)

CONDE. (Si algo de ella me contara...)
Dará guerra la sobrina,
que tienen sus ojos trazas
de dar el ¿quién vive? á todos
los que por su lado pasan.

LINO. Muchos la persiguen, pero
es inexpugnable plaza.

CONDE. ¿El pecho tiene de bronce?

LINO. Con una cota de malla
hace frente al enemigo,
y allí sus tiros rechazan.

CONDE. Hay enemigos traidores.

LINO. Ella es mujer y se guarda.
Todo el que la ve se rinde; (Con intencion.)
pregúntelo usted mañana
al Conde.

CONDE. El Conde es soldado
y le respetan las balas;
el sistema de guerrillas
conoce bien.

LINO. No le basta.

CONDE. ¡Oh, sí!

LINO. ¿Conque es tan valiente?
Cuénteme usted sus hazañas.

CONDE. ¿No le aturdieron las muchas

Gacetas extraordinarias
refiriendo sus victorias?

LINO. No, señor.

CONDE. (Con sorpresa.) ¡Es cosa extraña!

LINO. Yo sólo leo los partes
que interesan: las jugadas
de la Bolsa.

CONDE. (Con despecho.) ¿De la Bolsa?
¿Usted no siente en el alma
un inmenso regocijo
con las glorias de su patria?

LINO. Yo, señor sargento...

CONDE. (Con ira.) ¡Calle!

LINO. ¡Cómo! (¡Por Dios que se enfada!
¡Huyo el cuerpo!) Con permiso...

CONDE. ¡Dios le guarde!

LINO. Muchas gracias.

(Entra por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

CONDE.

¡Ah! ¡bien hice mi papel!
Pero al verla, palpitaba
mi corazon con tal fuerza
que temí que me entregara.
¡Qué hermosa está! ¿Será cierto
que esa mujer?... ¡No! ¡me engañan!
Busqué la muerte por ella,
pero pues Dios no me mata,
debo verla; Dios sin duda
para esa mujer me guarda.
¿La reina de las coquetas
en el gran mundo la llaman?
Quiero convencerme; entónces
conseguiré despreciarla,
que solo el desprecio puede
borrar su impresion del alma.
Marquesa, nunca un soldado
vuelve al combate la espalda;
¡con el Conde de la Paz

tienes que medir tus armas!

(Va á salir precipitadamente y tropieza con Julio que entraba. Julio es un mozalvete de diez y ocho años, exagerado en el vestir á la moda y afectado en el hablar.)

ESCENA VI.

CONDE, CÁRLOS, JULIO.

JULIO ¡Ah, torpe!
CONDE. Fué la torpeza
de los dos.
JULIO. (Con ira.) ¡Esto faltaba!
¡Viejo imbécil!
CONDE. ¡Deslenguado!
JULIO. Á que le cruzo la cara!
(Va á levantar el brazo, pero el Conde se lo sujeta, apretándolo con fuerza; Julio se queja y se retira á un lado.)
CONDE. Pruebe usted.
JULIO. ¡Ay!
CONDE. (Con ironía.) Señor jóven,
tiene usted la lengua larga,
pero las manos muy cortas.
JULIO. (Apartándose más.)
¡Bah, bah! respeto sus canas.
CONDE. No: respeta usted su miedo.
JULIO. ¿Miedo?
CARLOS. (Se interpone.) Vamos, Julio, calla.
JULIO. No, es que...
CONDE. Salga usted conmigo,
y nos veremos las caras.
JULIO. ¿Para qué? Bien nos las vemos.
De salir no tengo ganas.
CONDE. (Acercándose á Julio.)
Es usted corto de vista
como de manos.
JULIO. (Retirándose.) ¡Ya basta!
CONDE. (Riéndose.) No olvide usted este encuentro
por si me tiño las canas. (váse.)

ESCENA VII.

JULIO, CÁRLOS.

CARLOS. (Riéndose.) ¡El viejo es terne!
JULIO. ¡Qué zote!
Á fe que puede dar gracias
á que te pusiste en medio,
que si no...
CARLOS. (Burlándose.) ¿Le pegas?... ¡Vaya!
JULIO. Me ha arrugado la camisa.
CARLOS. ¿Tiene puños?
JULIO. No le faltan:
¡por poco me rompe el brazo!
Y ¿quién será?
CARLOS. En esta sala
no hay nadie de la familia.
JULIO. (Se deja caer en un sillon.)
¿La Marquesa no está en casa?
La esperaremos sentados,
que si en consulta se halla
con el espejo, podremos
echar una siesta larga.
CARLOS. ¡Siempre maldiciente!
JULIO. ¡Siempre!
Amigo Cárlos, las damas
á murmurar nos enseñan;
lo que es la Marquesa...
CARLOS. ¡Calla!
Si atormentarme no quieres
debes, Julio, respetarla.
JULIO. ¿Respetar? Nada hay sagrado
si de mujeres se trata.
Estás haciendo el cadete,
y como á todos te engaña;
si no tuviera yo mundo
tambien de mí se burlara.
Hoy á los diez y ocho años
el hombre es viejo; se gasta
viviendo al vapor: ¡el siglo!...
Ya lo ves; para mi alma

no hay placeres ni impresiones
nuevos; ya todo me cansa.

CARLOS. ¿Nunca amaste?

JULIO. Cuando niño;
tengo aspiraciones altas,
y no he de perder el tiempo
en ridículas bobadas.
¡El amor para los vagos!
Otra mision me reclama
más grande; soy hombre público;
la prensa, la diplomacia,
la tribuna, el ministerio...
¡Un gran porvenir me aguarda!

CARLOS. Y si el amor no comprendes,
¿por qué á la mujer ultrajas?

JULIO. Cárlos, yo hablo mal de todo:
¡sistema! es cosa probada.
Si á tenerte miedo llegan,
sobre todos te encaramas;
un escándalo es la base
de una fortuna; si callas,
ignoran que existes; ¡grita!
¡dan los pulmones la fama!
Esto, cuando vine al mundo,
me enseñaron, y me basta.

CARLOS. Yo soy hombre impresionable
y quiero con toda el alma.

JULIO. Eres voluble; Sofía,
á quien de veras amabas,
hoy llora tu inconsecuencia,
aunque no creo en sus lágrimas.

CARLOS. Es verdad que la queria,
mas conocí por desgracia
á la Marquesa...

JULIO. ¿Y cambiaste?

CARLOS. (Turbado.) Sí.

JULIO. Yá. Sabes matemáticas:
dos mujeres valen más
que una mujer.

CARLOS. (Con disgusto.) No me agradan
tus bromas.

JULIO. ¡Es buena escuela!

Si al amor me dedicara,
el género tomaria
por mayor.—Ni una palabra
comprendes de estos negocios.
¿Á que ignoras lo que pasa?

CARLOS. No entiendo...

JULIO. Cárlos, hablemos
un poco de chismografía.
—Hoy el ponderado Conde
de la Paz viene á esta casa.

CARLOS. ¿El Conde?

JULIO. Sí: la Marquesa
ha estrechado las distancias:
quiere apuntarlo en su lista.

CARLOS. (Con ira.) ¡Julio!

JULIO. (Se levanta.) Ven acá: ten calma.
El Conde come con ella,
y aquí esta noche se baila;
tiende el pescador las redes,
y la anguila no se escapa.
¡Llama la atencion el Conde! (Con intencion.)

CARLOS. ¡No! ¡la Marquesa me ama!

JULIO. (Riéndose.) ¡Pobre Cárlos!

CARLOS. ¡Me exasperas!
¿Si fuese verdad?... ¡Me engañas!

JULIO. ¿Loco estás?

CARLOS. ¡Los mataria!

JULIO. ¡El pensamiento me agrada!
La ocasion te envidio, Cárlos;
si en un duelo al Conde matas,
tienes hecha tu fortuna;
¡es un duelo de esperanzas!

CARLOS. ¡Has despertado mis celos!
Esta pasion que abrigaba...

JULIO. ¿Te dió pruebas la Marquesa?

CARLOS. Tengo una prueba: una carta.

JULIO. ¿Con su firma?

CARLOS. Sí.

JULIO. ¡Soberbio!
¿De amor en ella te hablaba?

CARLOS. Sí: me citó para un baile
en Carnaval.

JULIO. ¡Esto marcha!
Dame ese papel: ya tengo
folletin para mañana.
CARLOS. ¿Qué dices?
JULIO. Sí; mi diario,
La Culebra, dá á la estampa
cuanto puede meter bulla;
y esto ofrece mucha.
CARLOS. ¡Calla!
No hay motivo...
JULIO. Observa, Cárlos,
y publicaré la carta.
—Conozco de vista al Conde;
ántes que venga á esta casa
me conviene prepararlo:
voy hácia la fonda.
CARLOS. Aguarda.
JULIO. (Mirando hácia la puerta de la izquierda.)
Álguien llega.—La Marquesa.
Allá te espero.—¡Cachaza!
¡Quizá nos sirva este Conde
de trompeta de la fama!
(Sale riéndose por la derecha.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, despues la MARQUESA.

CARLOS. ¿Engañarme? ¡No es posible!
¡No! ¡Julio es el que me engaña!
¡es implacable con ella!...
¡Oh! ¡si es verdad, mi venganza
será atroz, porque la adoro!...
(Sale la Marquesa muy elegante, y sonriéndose, presenta la mano á Cárlos.)
MARQ. ¿Aquí don Cárlos de Lara?
CARLOS. Marquesa...
MARQ. Felices dias.
¿Usted con álguien hablaba?
CARLOS. No, señora; hablaba solo:
es costumbre del que ama.
MARQ. (Se sienta y le señala un sillon que coloca Cárlos á su lado.)

¿Siempre amante?

CARLOS. (Con emocion.) ¡Siempre el mismo!

MARQ. Es gran virtud la constancia.
No se quejará Sofía,
que tanta fortuna alcanza.

CARLOS. ¿Se burla usted?

MARQ. ¡Yo burlarme!

CARLOS. El rigor con que me trata
no merezco; sabe usted
cuánto mi pecho se abrasa
por otro amor.

MARQ. (Riéndose.) ¡Tanto fuego
me asusta!

CARLOS. (Con calor.) ¡Viva es mi llama!

MARQ. (Con gracia.) ¡No se acerque usted! ¡cuidado!
¡que no estoy asegurada
de incendios!... ¡Qué combustible!

CARLOS. ¡Exaspera usted mi alma
cuando sabe que la adoro!

MARQ. Usted que á mi prima amaba,
¿cómo cambió de repente?
¿Es amor una baraja
que si conviene al que juega
puede tomar otras cartas?

CARLOS. Una mujer nunca debe
alimentar esperanzas,
que es echar cebo á una hoguera
para sostener la llama.

MARQ. Es el amor de los hombres
juego fátuo; luminarias:
deslumbra, pero no quema.

CARLOS. (Irónicamente.)
No, Marquesa; es salamandra
la mujer; amor es fuego,
pero ella atrevida pasa
por el fuego sin quemarse.

MARQ. Es oportuno.

CARLOS. Su lava
esconde el volcan: revienta,
y cuando revienta, mata
al que coge. ¡Cuide usted
no estar cerca!

MARQ. Esas palabras,
don Cárlos amigo, encierran
una terrible amenaza.
CARLOS. Pudiera ser.
MARQ. Nada temo.
CARLOS. Tengo, señora, una carta
que la compromete...
MARQ. Vamos:
¿á eso da usted importancia?
CARLOS. Mancha el mundo fácilmente
el limpio honor de una dama.
MARQ. Está mi honor á cubierto;
por una broma de máscaras
un caballero galante
un honor limpio no mancha.
CARLOS. ¡Celos y desdenes son
un infierno para el alma!
MARQ. (Riéndose.) No baje usted al infierno,
que con su fuego le basta.
CARLOS. (Con despecho se levanta.)
Marquesa, á los piés de usted.
MARQ. ¿Se va usted?
CARLOS. (Reponiéndose.) Julio me aguarda.
MARQ. Despiden fuego las calles:
vuelva usted, si no se inflama,
porque hoy á comer le espero.
(Le ofrece la mano, que Cárlos acepta con emocion.)
CARLOS. Bien.
MARQ. Será mi mesa honrada.
CARLOS. (¡Hace de mí lo que quiere!
Aunque lo oculta, me ama.)
(Sale por la derecha.)

ESCENA IX.

MARQUESA, despues RAMON.

MARQ. Volverá, porque me adora
como un niño, pobre Lara! (Se levanta.)
Le pasará el arrebato.
—Son las cuatro; el Conde tarda.
(Se pára delante de un espejo.)

Entretendremos el tiempo...
Me sientan bien á la cara
las flores; este vestido
es del color que me agrada.
No estoy mal...

RAMON. (Desde la puerta.) El señor Conde
de la Paz.

MARQ. (Se vuelve de pronto.)
(¡El Conde! ¡En guardia!)
Que pase al momento. (¡Estoy
sin saber por qué agitada!)

ESCENA X.

MARQUESA, CONDE.

MARQ. ¡Ah, señor Conde!

CONDE. Señora.
(Se dan las manos.)

MARQ. Dichosa me juzgo yo
con esta visita.

CONDE. No;
yo soy el dichoso ahora.

MARQ. Siéntese usted; y deseo
dejar cumplidos á un lado.

CONDE. Cabalmente: soy soldado.
(¡Ya comienza el tiroteo!) (Se sientan.)

MARQ. ¿Y mi amiga la Condesa
del Espino?

CONDE. Sigue bien.
¿Supongo que usted tambien
estará buena, Marquesa?

MARQ. Sí. Mil gracias, general.
¡Aquí es tan sana la vida!
Y aunque no es apetecida,
no lo pasamos muy mal.
Doy baile todos los mártes
y recibo siempre en casa.
Y usté allá ¿cómo lo pasa?

CONDE. Yo? Me aburro en todas partes.

MARQ. ¿Aburrirse?

CONDE. Por supuesto.

MARQ. Hay mil goces en Madrid...
CONDE. Ninguno; quiero la lid:
en el campo está mi puesto.
La campaña terminada,
he venido á descansar;
pero si vuelve á empezar
sacaré otra vez la espada.
Hallo en la guerra ilusiones
y verdaderos placeres;
¿qué me ofrecen las mujeres
y la córte y los salones?
¿Delirios, molicie, calma,
mentira en el corazon?
Esos, Marquesa, no son
los sueños que abriga el alma.
Allí, cuando una victoria
se consigue, el hombre es hombre;
¿quién no quiere orlar su nombre
con el laurel de la gloria?
MARQ. (Sonriéndose.) Si un golpe mortal le hiere
acaba allí su altivez.
CONDE. (Con emocion.) ¡Se muere sólo una vez!
¡Y es tan feliz el que muere!
MARQ. (Mirándole fijamente y con interés marcado.)
¿Qué dice usted?
CONDE. Esta calma
la juzgo suplicio atroz.
MARQ. (Turbada.) ¿Suplicio? ¡No sé!... (¡La voz
de este hombre me llega al alma!)
Hoy un supremo placer
que el hombre debe gozar,
y que no puede evitar:
el amor de una mujer.
CONDE. (Se estremece.) ¡Una mujer!
MARQ. (Con coquetería esforzándose.) En Madrid,
lejos del recio combate,
¿cómo cuando el pecho late
se esquiva un amante ardid?
Diga usted: un militar
que á sus enemigos halla
en un campo de batalla,
¿qué es lo que hace?

CONDE. ¡Pelear!
MARQ. Mas faltara á su deber
batiéndole cuando fuera
débil.
CONDE. No, mientras no huyera.
MARQ. (Riéndose.) ¿Y huye nunca una mujer?
CONDE. (Aturdido.) Yo no entiendo esa cuestion,
que es impropia de un soldado;
nunca, señora, me ha dado
un latido el corazon.
MARQ. Un soldado que no ama
no sueña con la victoria;
¿con quién comparte su gloria
sin el amor de una dama?
CONDE. Nunca esa jerga entendí
de suspiros y miradas
y cartas apasionadas
y llantos y frenesí.
Siempre he vivido contento
sin estar enamorado;
la mujer no me ha robado
un minuto el pensamiento.
Siempre en la lid, cual guerrero,
no he sentido otra emocion
que la gloria; el corazon
tengo, Marquesa, de acero.
MARQ. Sí, pero llegará el dia
en que deba usted amar,
que al fin habrá de encontrar
una mujer...
CONDE. ¡No á fe mia!
MARQ. (Con gracia.) Cuando tropiecen sus ojos
con unos ojos de fuego,
su luz dejarále ciego...
CONDE. Amor siempre me dió enojos;
en vano se empeña usted,
que no es fácil conmoverme;
ninguna podrá cogerme
preso en amorosa red.
¡Libre de amar me contemplo!
MARQ. Viendo una mujer hermosa,
sensible, esbelta, graciosa...

CONDE. (Interrumpiéndola vivamente.)
Sí; como usted, por ejemplo.
MARQ. (Riéndose con fuerza.)
¡Oh! ¿qué quiere decir esto?
¡Cómo! ¿galante un soldado?
¡Usted sin duda ha olvidado
la consigna de su puesto!
CONDE. (Con despecho.) Yo?
MARQ. Sí; no forme usted planes,
que siempre, segun la historia,
robó una mujer su gloria
á los grandes capitanes.
Marco-Antonio fué soldado,
y del campo desertó...
CONDE. (Con disgusto.) ¡Era un loco!
MARQ. ¿Loco?... ¡No!
Más que loco: ¡enamorado!
Ve usted, Conde, que me fundo;
una mujer...
CONDE. ¡Juraría!...
MARQ. No jure usted.
CONDE. Y la mia,
¿dónde está?
MARQ ¿Dónde? ¡En el mundo!
(Van á entrar Julio y Cárlos y se detienen en la puerta.)

ESCENA XI.

MARQUESA, CONDE, JULIO, CÁRLOS.

CARLOS. (¡Ah!
JULIO. Vé, Cárlos, como están
en tierno coloquio.
CARLOS. Sí:
¡siento arder la sangre aquí!
(Señalando á la cabeza.)
JULIO. No muestres tu loco afan.)
(La Marquesa vuelve la cabeza y los ve; ellos se adelantan; la Marquesa y el Conde se levantan.)
MARQ. ¡Oh, señores! ¡bien venidos!
¿á la puerta se quedaban?
JULIO. Sí: porque vimos que estaban

ustedes entretenidos.

MARQ. ¡Siempre irónico!

JULIO. (Ap. á la Marquesa.) Marquesa,
nada, nada se me esconde.

MARQ. (Burlándose.) ¿De veras?...—El señor Conde
de la Paz honra mi mesa.

CONDE. Yo... (Sorprendido.)

MARQ. No hay disculpa.

CONDE. Señora...

MARQ. Si ha de ser usted mi amigo
hoy ha de comer conmigo.
Y por cierto que ya es hora.
(Se acerca á la mesa y toca un timbre.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. LINO, SOFÍA.

LINO. Aquí estamos.

MARQ. Prima, tio,
os presento al vencedor
de España, al conquistador
de la paz.
(D. Lino se adelanta con énfasis y da la mano al Conde.)

LINO. Muy señor mio.

CONDE. Á los soldados, Marquesa,
nos gustan poco las flores.
(Ramon se asoma á la puerta.)

MARQ. ¡Justicia, Conde!—Señores,
la sopa aguarda en la mesa.
(Julio y Cárlos ofrecen el brazo á la Marquesa, por los dos lados.)

JULIO y CARLOS. El brazo.

MARQ. (Mirándolos y sonriéndose.)
¿El brazo?... ¡Por Dios
que en compromiso me veo!

JULIO. Yo, Marquesa...

CARLOS. Yo...

MARQ. Deseo
que iguales queden los dos.

(Se dirige al Conde.)
General, el brazo. ¿Puedo
tomarlo?
(El Conde, agitado, presenta el brazo, en que se apoya la Marquesa.)

CONDE. ¡Pues no, señora!
CARLOS. (¡Oh!)
JULIO. (Mirando á Cárlos y haciendo un gesto.)
¡Bien!
CONDE. (¿Me prefiere? ¡Ahora
es cuando le tengo miedo!)
MARQ. Vamos. (¡Ya es mio!) (Salen.)
CARLOS. (Exasperado, ap. á Julio.) (¡Por él
nos desaira!
JULIO. Sí: no es broma.
CARLOS. ¡Venganza!
JULIO. ¡La carta!
CARLOS. ¡Toma!)
(Saca un papel y lo da á Julio, que se retira á un lado á leerlo.)
JULIO. (¡Oh! ¡venturoso papel!)
LINO. Vamos, aguardando estoy;
da el brazo á Cárlos, Sofía.
(Cárlos maquinalmente presenta el brazo.)
SOFIA. ¿Estás triste?
LINO. (Señalando la puerta.) No, hija mia.
SOFIA. ¿No? ¡dichosa entónces soy!
(Salen.—D. Lino se acerca á Julio, que leia la carta con sonrisa maliciosa; al oir su nombre la guarda aparentando misterio.)
LINO. Julio.
JULIO. ¡Já, já! La mujer
es veneno.
LINO. ¡Y muy activo!
JULIO. Estoy por lo positivo.
LINO. Y yo.
JULIO. Vamos á comer.
(Salen cogidos del brazo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin alumbrado con globos trasparentes.—Fachada interior de la quinta, al fondo y á la derecha, con balcones en el piso principal y rejas debajo; la fachada vuelve en el primer bastidor, dejando ver parte de un balcon y reja; debajo del primer balcon de la derecha, una puerta con dos escalones.—Las rejas del fondo están abiertas, viéndose un salon iluminado y la concurrencia que cruza y baila.—Á la izquierda la prolongacion del jardin, y en segundo término se descubre parte de un cenador.

ESCENA PRIMERA.

JULIO está sentado en un poyo, tomando un sorbete; CÁRLOS se pasea agitado. Se oye música dentro y bailan.

JULIO. (Deja el platillo en el poyo y se levanta.)
Tengo mucha perspicacia;
Cárlos, ¿te vas convenciendo
de que los mozos del dia
sabemos más que los viejos?

CARLOS. ¡Está mi pulso agitado!
¿será fiebre?

JULIO. Ya lo creo;
la higiene prescribe al hombre
que tome el amor con tiento.

El amor es amor propio;
y cuando ataca al cerebro,
corre peligro la vida
en un derrame de celos.

CARLOS. ¡Tú siempre igual! ¡me consumes!
¡Siempre frio!

JULIO. (Riéndose.) ¿No estás viendo
que el sorbete me ha robado
el calor? Soy todo hielo.

CARLOS. Te engañan las apariencias.

JULIO. Cárlos, decírtelo siento,
pero estás malo, muy malo;
y yo voy á ser tu médico.
El Conde vino á esta casa
arrastrado por el cebo
que la Marquesa le puso,
y ya se clavó el anzuelo.

CARLOS. ¡Suposiciones!

JULIO. ¿No viste
que demostró fuerte empeño
en que viniera á su quinta?
¿no viste en coloquio tierno
á los dos esta mañana?
¿no viste con qué desprecio,
por apoyarse en el Conde,
desairó los brazos nuestros,
dejándonos en postura
académica? ¿no es cierto?
Despues, ¿no viste en la mesa
aquel dulce tiroteo
de palabras fervorosas
y de miradas de fuego;
aquella solicitud
para servirle primero;
aquel ayuno forzoso,
y aquel continuado obsequio,
mirándole con ternura,
como quien dice: «te quiero,
y es tu amor para mi estómago
el más sabroso alimento?»
¿no viste con qué interés
le habló de la guerra, y luégo

del mundo y de sus achaques?...
¿Y se hablaban en silencio!...
¡Un guardacanton de piedra
no resiste á esos extremos!
¿Y no viste su abandono
en el baile? ¡Era un mareo!
Es verdad: no viste nada;
eres, como amante, ciego.

CARLOS. Sí, Julio; tienes razon,
y de ella vengarme debo.

JULIO. Es claro. Escribí esta siesta
un folletin... ¡qué soberbio!
á la imprenta irá mañana.

CARLOS. ¿Va la carta?

JULIO. Por supuesto.
¡Qué semblanza! Su retrato,
Cárlos, me salió perfecto.
Y digo cosas... ¡qué cosas!
El grito pondrá en el cielo.

CARLOS. ¿La calumnias?

JULIO. No: la copio,
y basta; sabes que tengo
ódio á todas la mujeres;
es inútil ese sexo
que no sirve para nada,
y con sus tramas y enredos
y su amor, inhabilita
á hombres de mucho provecho;
seré grande, pues de ellas
prescindí desde pequeño.

(La Marquesa abre la puerta de la derecha, va á salir y se detiene.)

ESCENA II.

DICHOS, MARQUESA.

CARLOS. Yo necesito vengarme;
pero ultrajarla no quiero,
porque la adoro.

JULIO. Mañana
me darás gracias.

CARLOS. No creo...
JULIO. Es atroz el folletin;
su carta es un documento
que la confunde.
MARQ. (¿Qué dice?)
JULIO. (Riéndose.) Impresa ha de verla el pueblo.
MARQ. (¡Si viera el Conde esa carta!
¡Ah! no: arrancársela debo.)
(Cierra la puerta y baja. Julio la saluda con sonrisa graciosa.)
JULIO. ¡Oh! ¡Marquesa! en los salones
echarán á usted de ménos.
MARQ. Sí?
JULIO. ¿Subió usted á su cuarto
para hablar con el espejo?
MARQ. (Con ironía.) Justamente; usted conoce
las flaquezas de mi sexo;
una arruga á veces roba
la gracia de un talle esbelto.
¡Somos tan superficiales
las mujeres!
JULIO. (Con fatuidad.) Es defecto
de la educacion.
(Tocan dentro un vals.)
MARQ. El vals.
Cárlos, si mal no recuerdo
es el de usted.
CARLOS. (Agitado.) Sí, señora.
MARQ. Cuando usted guste.
JULIO. (¡Qué necios!)
(La Marquesa cruza para dar el brazo á Cárlos, y dice al oido á Julio.)
MARQ. Á las dos aquí.
JULIO. (Se vuelve repentinamente.) ¡Marquesa!
MARQ. (Á Cárlos.) Vamos. (¿Por qué tengo miedo?)
(Al salir, aparece el Conde, que al verlos se queda inmóvil al fondo. La Marquesa se estremece.)

ESCENA III.

JULIO, CONDE.

JULIO. (¿Á las dos? ¿Me da una cita?...
Lo que quiere decir esto
es que me teme. Ya es tarde:
me desdeñó en otro tiempo.)
(Ve al Conde y se adelanta.)
¡Hola, general ilustre!
¡qué tal?

CONDE. (Con disgusto.) Me estoy divirtiendo.

JULIO. Sí: los placeres del baile
para usted serán muy nuevos.

CONDE. ¿Los placeres? Sí, señor;
¡un baile es de gran efecto!

JULIO. De ese modo se divierten.

CONDE. ¿No baila usted?

JULIO. (Con asombro.) ¡Ya soy viejo!

CONDE. ¿De veras? (Sorprendido.)

JULIO. Estoy gastado;
y en mi posicion no puedo...

CONDE. Ha madrugado usted mucho.

JULIO. Hoy nace el hombre sabiendo.

CONDE. ¿Es usted sabio?

JULIO. (Con petulancia.) Así dicen
las gentes, y yo lo creo.

CONDE. Y ¿qué sabe usted?

JULIO. De todo;
soy un hombre enciclopédico:
murmuro, monto á caballo,
soy en las armas muy diestro,
desacredito á las damas,
escribo revistas, juego...

CONDE. ¡Basta! ¡es usted todo un hombre
con tales conocimientos!

JULIO. ¡Oh, señor Conde! ¡mi pluma
ha de llevarme muy lejos!

CONDE. La pluma pierde las alas
cuando se moja en veneno;
con una bastarda pluma

nunca se eleva el talento;
la prensa corrige, enseña;
la prensa no es el libelo;
el escritor recto, digno,
es un noble misionero;
y el libelista es un sapo
que vive y muere entre cieno.

JULIO. Palabras, Conde, palabras
que yo no escucho.

CONDE. Lo creo.

JULIO. Me hago lugar en el mundo;
las gentes me tienen miedo;
soy ambicioso, y es fácil
que me eleve á un alto puesto.

CONDE. (Con ironía.) Es muy justo.

JULIO. Me persiguen
las damas; yo las desprecio.

CONDE. ¡Oh! ¡muy bien!

JULIO. Son las mujeres
frívolo entretenimiento
para los desocupados
que quieren pasar el tiempo.

CONDE. (¡Qué títere!)

JULIO. La Marquesa
me acosa; no hace un momento
que me dió una cita.

CONDE. (Se estremece.) ¡Cómo!
Trate usted con más respeto...

JULIO. ¿Se interesa usted por ella?

CONDE. (Reponiéndose.) ¿Interés yo? No por cierto...
¿Y esa cita?

JULIO. (Con malicia.) Es inocente;
ella es mujer: murmuremos.

CONDE. La murmuracion... (Con disgusto.)

JULIO. ¡Es sábia!
Hay una carta por medio
que verá la luz muy pronto.

CONDE. ¡Una carta?

JULIO. Sí: es un juego
de azar el amor: con Lara
jugar quiso, y va perdiendo.
Usted puede convencerse

viniendo á este sitio luego;
á las dos me dió la cita.

CONDE. ¡Si usted la calumnia!...

JULIO. Bueno;
venga usted al dar las dos,
porque yo al salon me vuelvo.
Hasta despues. (Este tiene
ya la píldora en el cuerpo;
me voy á buscar á Cárlos
para contarle el suceso.) (Váse.)

ESCENA IV.

CONDE.

¡Ese miserable miente!
¡Una cita!... ¡Lucharemos!
¡Ah! ¡Dios mio! dame fuerzas,
que esa mujer es mi infierno.
¡Yo, que arrostré los peligros
de los combates, sereno,
y que desprecié la muerte,
sin que el corazon de hierro
me diese un latido más,
cuando á mi lado la veo,
el corazon me palpita
como el de un mozo inexperto
que oye por la vez primera
romper en el campo el fuego!
¡Esa mujer!... ¡quince años!...
¡Terrible suerte!... ¡La quiero
con toda el alma!... ¡Ella viene!
(Haciendo un esfuerzo y poniendo la mano sobre el corazon.)
¡Escondo aquí mi secreto!

ESCENA V.

CONDE, MARQUESA, con un ramillete en la mano.

MARQ. (Sonriéndose.)
¿Como al general encuentro

retirado del bullicio?

CONDE. Señora, tengo juicio;
la soledad es mi centro.

MARQ. Ese mundo, general,
á primera vista asusta,
y por regla, no le gusta
al que lo conoce mal.

CONDE. Usted goza en ese mundo
porque los hombres la miran
y la obsequian.

MARQ. No: me inspiran
todos un desden profundo.
La lisonja es una ofrenda
que recibimos por gala,
mas no hay un hombre en la sala,
general, que me comprenda.
Todos me dan su pasion;
pero ninguno repara
que al descubrirles la cara
les escondo el corazon.
Los conozco, pero ignoran
que guardo solo... sus nombres;
aquí tiene usted los hombres
que en ese mundo me adoran.
Como ellos, con la careta
me cubro; les doy desprecios,
y á todos los llamo necios.

CONDE. ¿Y ellos? (Con intencion.)

MARQ. (Con desden.) Me llaman coqueta.

CONDE. (Con desprecio.) La coqueta es una flor
sin aroma, codiciada...

MARQ. (Interrumpiéndole.)
Tiene su esencia guardada
en el cáliz de su amor.
Y aunque va de mano en mano
nadie la marchita, Conde,
que siempre su esencia esconde,
porque es el hombre un gusano.
(Saca una camelia del ramillete.)
Las camelias bellas son;
(La acerca á la nariz.)
nada prestan al olfato...

Esta flor es el retrato
de la mujer de salon.
¿No le agrada á usted?

CONDE. (Con disgusto.) Señora...

MARQ. Ya ve usted, aquí no hay arte.

CONDE. Pero...

MARQ. (Riéndose.) Me olvidé que Marte
está reñido con Flora.

CONDE. No comprendo...

MARQ. General,
á pedir un trueque voy;
esta camelia le doy
por la cinta de su ojal.
(Va á acercarse, y el Conde se retira exaltado, cubriendo la cinta con las manos.)

CONDE. ¡La proposicion es bella!
Maquesa, ¿no sabe usté
que esta cinta la gané
en el sitio de Morella?

MARQ. (Irónicamente.)
Como recuerdo de historia
la guardaré.

CONDE. ¡No, á fe mia!
¡Por nada en cambio daria
un pedazo de mi gloria!

MARQ. ¿Premia una cruz el valor
que se muestra en buena liza?
Tambien la flor simboliza
una conquista de amor.
Laureles al militar
amor y guerra le ofrecen,
y ambos al hombre ennoblecen
(Con intencion.)
si sabe el hombre triunfar.
Al combatir, la pasion
deja el guerrero olvidada;
mas cuando duerme la espada
se despierta el corazon.
(Tocan dentro la mazurka.)
—¿No oye usted, Conde, la orquesta?
La mazurka nos reclama;
baile usted con una dama

y le agradará la fiesta.

CONDE. (Con espanto.) ¡Yo bailar! ¡broma seria!

MARQ. ¿Con una bella?...

CONDE. ¡Bailar!
¡No sé más que pelear!
(Sonriéndose.)
Yo mismo me asustaria.

MARQ. Á Hércules, aquel tebano (Con gracia.)
atleta, fiero y gigante,
¿no se le vió por su amante
con una rueca en la mano?
(Se apoya en su brazo con coquetería.)
—Venga usted; en el salon
lucen mil bellas; ¿no hay una
que hoy alcance la fortuna
de robarle el corazon?

CONDE. No. (Aturdido.)

MARQ. ¿Es posible?

CONDE. ¡Y no me pesa!
(¡Oh! ¡me vence esta mujer,
y no me sé defender!)

MARQ. ¿Vamos?

CONDE. (Con decision.) Sí!
(Dan las dos. La Marquesa se detiene violentamente y suelta el brazo.)

MARQ. ¡Las dos!

CONDE. (Sorprendido.) ¡Marquesa!

MARQ. (Reponiéndose y aparentando indiferencia.)
Conde...

CONDE. ¿Se pone usted mala?

MARQ. ¿Por qué?

CONDE. Ese estremecimiento...

MARQ. No es nada: voy al momento;
aguárdeme usté en la sala.

CONDE. Está bien: aguardaré.
(¿La cita con Julio? Sí!
¡Calma! ¡valor! Desde allí
(Señala al cenador.)
todo escucharlo podré.)
(Se interna en el jardin.)

ESCENA VI.

MARQUESA.

¡Ah! me vendió á mi pesar
la conciencia; estoy inquieta;
el haber sido coqueta
lágrimas me ha de costar.
¡El Conde! ¿por qué su nombre
entre sueños me ha acosado?
¡Mi calma al fin ha turbado
el pensamiento de un hombre!
Me infunde el Conde respeto
y de sí me arrastra en pos;
¡me domina! ¡Entre los dos
existe un lazo secreto!
Cual mariposa crucé
por entre la luz volando,
y con el amor jugando
en el amor me abrasé.
Me ha vencido; su impresion
(Señalando al pecho.)
aquí grabada la siento;
me corta su pensamiento
las alas del corazon.
—¿Alguno se acerca? Sí:
(Mirando al fondo.)
¡Cárlos y Julio! ¿Por qué
vienen juntos? Volveré;
no deben hallarme aquí.
(Sale por delante del cenador, y por detrás llegan Julio y Cárlos.)

ESCENA VII.

JULIO, CÁRLOS.

JULIO. ¿Cruzar no viste una sombra?
CARLOS. Sí.
JULIO. Cárlos, ella seria. (Mira el reloj.)
Las dos. No tardará mucho,

que le interesa la cita.

CARLOS. Y ¿qué tendrá que decirte?
No comprendo...

JULIO. Alguna intriga;
ó ¿quién sabe?... Es caprichosa;
querrá apuntarme en su lista.
Chasco se lleva: soy hombre
que no sucumbo; me inspiran
horror las mujeres.

CARLOS. Julio,
¡esa mujer me fascina!

JULIO. Es muy dulce la venganza;
ya verás si mi revista
hace efecto; como un guante
se ablandará; es cosa fija.

CARLOS. La venganza será dulce;
mas te juro que la cita
de mi mente no se aparta.

JULIO. Bah! ¿la quieres todavía?
Te dejo solo; ella viene,
y le pides que te diga
lo que tiene que contarme.

CARLOS. ¡Qué, Julio! ¿te atreverias?...

JULIO. ¡Pues no! yo me atrevo á todo;
es una cosa sencilla.

CARLOS. Vete.

JULIO. En el salon te aguardo:
allí hablaré con Sofía:
te busca por todas partes
con inquietud; ¡pobre niña! (Sale riéndose.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS.

¡Qué alma tan negra! ¡Y tan jóven!
Á la venganza me anima,
y me avergüenza vengarme
porque es noble el alma mia.
(Mirando hácia el fondo.)
¿Una mujer?... ¡La Marquesa!
¡Ay! ¡era verdad la cita!

ESCENA IX.

CÁRLOS, la MARQUESA.

MARQ. (No está.) ¡Don Cárlos! (Deteniéndose.)
CARLOS. Me extraña
la sorpresa.
MARQ. (Turbada.) No creia...
CARLOS. ¿Esperaba usted sin duda
á una persona querida?
MARQ. (Con dignidad.) ¡Lara!
CARLOS. ¡Lo sé todo, todo!
MARQ. ¡La explicacion de ese enigma
exijo al punto!
CARLOS. Marquesa,
usted suplicar debia,
no exigir.
MARQ. ¿Con qué derecho?
CARLOS. Cuando una mujer olvida
que contrajo un compromiso,
á los hombres autoriza
á ser jueces de su causa;
yo...
MARQ. (Exaltada.) ¡Cárlos, usted delira!
CARLOS. Si delirio son los celos;
¿cómo no deliraria?
—Son las dos: usted, señora,
¿á Julio no dió una cita?
MARQ. ¿Y usted sabe?...
CARLOS. Sí.
MARQ. ¡Villano!
CARLOS. Notoria es su villanía,
mas no es del caso, Marquesa;
espero que usted me diga...
MARQ. Lara, tambien lo sé todo;
conozco la trama inícua
que dos hombres generosos
contra una mujer maquinan;
¡es un noble pensamiento
abrir en su honra una herida

que nada cierra!

CARLOS. (Turbado.) ¡Señora!

MARQ. ¡Dar con intencion maligna
cebo á la maledicencia
por una inocente epístola!
¡Vengarse de una mujer,
y de esa manera indigna!
¡No, no, Lara! ¡un pecho noble
nunca la venganza abriga!

CARLOS. Sí, Marquesa; lo confieso,
fuí débil. Julio me incita.

MARQ. Es verdad, ¡tan ruin idea
sólo en su mente cabria!
¡Siempre Julio en mi camino!
¡ese hombre es mi pesadilla!

CARLOS. Me vió presa de los celos,
que sin piedad martirizan,
y me ofreció la venganza
como bálsamo que alivia
este dolor; tuve fiebre,
y sin saber lo que hacía,
le dí la carta.

MARQ. ¡Mi carta!
¡Cárlos, parece mentira!

CARLOS. Marquesa, mi calentura
no ha cesado todavía.

MARQ. ¡Cárlos, yo quiero esa carta!
¡Cárlos!

CARLOS. (Con emocion.) ¿Usted me suplica?
¡Oh! ¡mándeme usted, señora,
y obedezco de rodillas!

MARQ. ¡Mi carta!

CARLOS. ¿Usted lo desea?

MARQ. ¡Lo exijo!

CARLOS. (Cambia de tono.) ¿Exigir?

MARQ. (¡Vacila!)

CARLOS. ¿Por mi amor?

MARQ. (Duda un momento.) Sí.

CARLOS. (Con desvario.) ¡Soy dichoso!
¿Qué trance no arriesgaria?
¡Yo le arrancaré la carta
ó le arrancaré la vida!

(Se oye rumor de voces á la izquierda y á Julio que rie á carcajadas.)

MARQ. ¡Él viene!

CARLOS. (Fuera de sí) ¡Corro en su busca!

MARQ. ¡No, no! comprometeria
mi nombre; temo á su lengua.
Cuando salga de la quinta
esta noche... ¡Ya se acerca! (Aturdida.)
¡Corra usted!

CARLOS. (Va á salir por la izquierda y se detiene.)
Si me divisa...
Aquí me escondo.
(Se dirige á la puerta de la derecha.)

MARQ. ¡No, Cárlos!
¡esa habitacion es mia!

CARLOS. ¿Dónde?

MARQ. (Decidiéndose.) Entre usted.
(Cárlos entra y cierra.) No le han visto.
¡Lara, ya no soy la víctima!
(Llega Julio riéndose.)

ESCENA X.

La MARQUESA, JULIO.

JULIO. ¿Aquí usted, Marquesa? Estoy
atacado de la risa.
Es el lance más chistoso...
Estaba la condesita...

MARQ. (Con ira.) Puede usted aprovecharlo
en su próxima revista.

JULIO. Me lo dice usted de un modo...
¿Es gravedad ó ironía?

MARQ. ¡Es desprecio!

JULIO. No: es despecho
porque no acudí á la cita;
ya subsanaré esa falta (Burlándose.)
en mi próxima revista.
Léala usted.

MARQ. Yo? ¡Desprecio
cuanto usted hace me inspira!
(Sale mirándolo con altanería.)

ESCENA XI.

JULIO, despues el CONDE.

JULIO. ¡Hola! ¿hay nubarrones hoy?
¿Me insulta? ¡Me vengaré
ántes de tiempo! ¡Daré
un escándalo!... Allá voy.
(Va á salir precipitadamente, pero le detiene el Conde, que sale del cenador muy agitado.)
CONDE. ¡Atrás!
JULIO. ¿Me cierra usté el paso?
(El Conde trae á Julio al proscenio cogido por el brazo.)
CONDE. Venga usted.
JULIO. (¡Qué brusco!) Conde,
¿conque usted tambien se esconde?
¿Era verdadero el caso?
Yo publicaré en su mengua...
CONDE. ¡Es usted un miserable!
JULIO. ¡Conde!
CONDE. ¡Para que no hable,
yo le cortaré la lengua!
JULIO. ¡Pues fuera cosa de ver!...
¡Un insulto! No tolero...
CONDE. ¡No es noble ni caballero
quien degrada á una mujer!
JULIO. (Con énfasis.) La ofensa no es merecida;
está usted acalorado;
general, nada ha pasado;
le perdono á usted la vida.
(Va á salir y el Conde le detiene.)
CONDE. Gracias.—¡Uno de los dos
morirá!
JULIO. ¿En este jardin?
CONDE. ¡Salgamos!
JULIO. (Con ironía.) ¿El paladin
elige el juicio de Dios?
CONDE. Razon tengo; Dios es justo;
él da valor á mi brazo.
JULIO. Conde, marque usted el plazo,
porque quiero darle gusto.

CONDE. Mañana.
JULIO. Mañana, sí.
¡Encuentra usted todo un hombre!
(¡Este duelo me da nombre!)
CONDE. Espéreme usted aquí.
(Entra por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII.

JULIO.

¡Oh! me batiré; no crea
que su fama me ha asustado...
—¿En la habitacion ha entrado
de la Marquesa?... ¡Qué idea!
¡Es sublime pensamiento!
¡Al Conde tengo en mi mano!
¡Bien! No dirá el mundo en vano
que tengo mucho talento.
(Se dirige á la puerta, cierra y quita la llave.)
Á la fiera tengo presa;
doy la alarma en el salon,
y al venir tras un ladron,
comprometo á la Marquesa.
¿En su cuarto el general?
¿qué dirán? ¡Pobre mujer!
¡Ay! ¡qué cara va á poner (Riéndose.)
Cárlos! Le sabrá muy mal.
(Dan golpes en la puerta.)
¡Já, já!—¿Llaman? No abriré;
lo que le aguarda no sabe.
Bulla habrá; con esta llave
mi folletin cerraré.
(Guarda la llave y sale riéndose. En seguida aparecen Cárlos y el Conde en el balcon de la esquina que hace frente al público.)

ESCENA XIII.

CONDE, CÁRLOS.

CONDE. (Con ira.) ¡El miserable se va!
CARLOS. ¡Infame!... Conde, ¿qué hacemos?

CONDE. ¡No sé!
CARLOS. Salvarla debemos.
CONDE. ¡Con su sangre pagará?
CARLOS. Á cualquier precio...
CONDE. ¿Al salon
ha vuelto?
CARLOS. Van á llegar.
CONDE. Nos debemos descolgar,
Cárlos, por aquel balcon.
(Señala á la derecha. Cárlos se retira y el Conde mira con avidez. Pausa.)
—Con tiento, arrójese usté.
Hay reja. (Se oye el ruido del cuerpo al caer.)
Ileso llegó.
¡Bravo, Cárlos!—Ahora yo.
La honra suya salvaré.
(Se retira del balcon. Al mismo tiempo sale Cárlos por el primer bastidor, algo desordenado el traje y con los guantes rotos; se arregla aquel y se quita estos.)

ESCENA XIV.

CÁRLOS, despues la MARQUESA.

CARLOS. Gracias á la reja, pude
ileso al suelo llegar.
¡Ah, Julio! ¡toda tu sangre
mi venganza calmará!
MARQ. (Muy agitada.)
Cárlos, ¿qué pasa? Un suceso
raro... ¿El Conde de la Paz?...
CARLOS. ¿Qué motiva el sobresalto
de su rostro?
MARQ. ¿Dónde está?
Noto en la sala un murmullo,
y he visto á Julio llegar
hablando en secreto á todos;
la sorpresa es general.
¡Alguna trama! ¡Ese hombre
es una calamidad!
CARLOS. (¡No baja el Conde!) Señora,

el Conde encerrado está
en ese cuarto.

MARQ. ¿En el mio?
(Se dirige á la puerta y empuja.)
¡Oh! ¡la llave! ¡Qué maldad!

CARLOS. Marquesa, Julio la tiene.

MARQ. (Con cólera.) ¡Voy á mandarlo arrojar
de casa por mis criados!
¡Osadía sin igual!
(En voz alta.)
¡Señor Conde! ¡señor Conde!
¿Cómo se ha atrevido á entrar
en mi habitacion? ¿Qué es esto?

CARLOS. ¡Una infamia! Á la verdad
hay un misterio, Marquesa,
que no me acierto á explicar.

MARQ. (Impaciente.) ¿Pero no contesta?

CARLOS. El Conde
por el balcon bajará.

MARQ ¿Por el balcon?
(Se oye rumor de voces.)

CARLOS. Ya no es tiempo.
(Se dirige al fondo.)

MARQ. (Sobresaltada.) ¿Viene Julio?

CARLOS. ¡Y muchos más!

MARQ. ¡Quiere perderme!

CARLOS. (Volviendo al proscenio.) Marquesa,
¡ese mozo morirá!
(Salen Julio, D. Lino, señoras y caballeros, hablando acaloradamente.)

ESCENA XV.

DICHOS, D. LINO, JULIO, SEÑORAS y CABALLEROS.

JULIO. Digo que lo he visto; ustedes
pronto se convencerán.

MARQ. (Muy agitada, pero queriendo aparentar calma.)
¿Qué es lo que ocurre?

JULIO. Marquesa,
¿no sabe usted nada? ¡Bah!
Aquí estaba hace un momento,

y en ese cuarto vi entrar
un hombre, muy agachado,
con intencion criminal
sin duda; corro á la puerta
y echo la llave: aquí está.
(Saca del bolsillo la llave.)
Volví al salon; el ratero
no se nos puede escapar;
siendo tantos, es difícil
que haga frente. Voy allá.

CABALL. Sí, sí. (Adelantándose.)

SEÑORAS. (Retirándose.) ¡No, no!

JULIO. (Ap. á las señoras deteniéndolas.) No asustarse,
que es el Conde de la Paz.

CONDE. (Hay gente? El sitio es oscuro (Dentro.)
y subir no me verán.)

JULIO. (Presenta la llave á D. Lino.)
Entre usted, señor don Lino.

LINO. Yo no soy municipal.
Me asusta el crímen de cerca.

JULIO. Pues entraré solo. (Dirigiéndose á la puerta.)

CARLOS. (Se pone delante.) ¡Atrás!
El cuarto de una señora
es muy sagrado.

JULIO. Es verdad;
pero si alguno, escondido,
la quisiera asesinar,
¿no debemos protegerla?
Voy adentro.

CARLOS. No entrarás.

LINO. Iremos todos.

JULIO. Sí, todos.
(Golpean en la puerta con la mano; los caballeros retroceden; las señoras se asustan.)

TODOS. ¡Llaman!

LINO. (Retirándose.) ¡El ladron será!

CARLOS. (¡Es el Conde!)

MARQ. (¡Estoy perdida!)

LINO. (¡Buena gresca se va á armar!)
(Julio abre la puerta y aparece el Conde disfrazado de viejo, como en el primer acto.)

ESCENA XVI.

DICHOS, CONDE.

TODOS. ¡Ah!
CONDE. Buenas noches, señores;
¿qué bulla anda por acá?
JULIO. (¿Estoy soñando?)
MARQ. (Ap. á Cárlos.) ¿Qué es esto?
LINO. Señor sargento, ¿qué tal? (Se adelanta.)
(Los Caballeros y las Señoras se sonrien, señalando á Julio, que está aturdido.)
UN CAB. ¿Quién es, Julio?
CONDE. (Dirigiéndose á ellos.) El mayordomo
soy del Conde de la Paz.
Á usted, señora Marquesa,
vine á esta casa á buscar:
el amo se fué indispuesto,
y recordó, estando allá,
que salió sin despedirse;
yo le vine á disculpar,
pero equivoqué la puerta,
y cuando me he vuelto atrás
hallé que estaba cerrada...
¡Cuál me miran! Es verdad;
con esos trajes lujosos
dice mi traje muy mal.
¡Eh! que ustedes se diviertan;
el amo aguardando está.
(¡La he salvado! tuve tiempo
para ir de traje á mudar.)
MARQ. (Detiene al Conde.) ¿Y la dolencia del Conde?
CONDE. (Con intencion.) Es grave su enfermedad,
porque es crónica, señora;
pero al fin se curará.
MARQ. ¿Alguna herida?
CONDE. ¡Profunda!
MARQ. (¡Este hombre me hace temblar!)
JULIO. (Al Conde con ironía.)
Que se alivie. (¡De mi asombro
no vuelvo!)

CONDE. (Vuelve al proscenio.) Lo principal
se me olvidaba. ¿Quién es
don Julio de Montalvan?

JULIO. Yo.

CONDE. (Le da una tarjeta.) Para usté esta tarjeta
me ha entregado el general.

JULIO. (La coge y lee en voz alta.)
Ya sé.—«El mariscal de campo
Enrique de Santillan.»
(La Marquesa da un grito, corre y arrebata la tarjeta de manos de Julio. Todos la rodean.)

MARQ. ¡Ah!

LINO. ¡Santillan!

CONDE. (Mirándole con calma.) Ese nombre
lleva el Conde de la Paz.

MARQ. (¡Es Enrique, sí!)

TODOS. ¡Marquesa!

CARLOS. ¿Qué le pasa á usted?

CONDE. (Con ironía.) Será
algun ataque de nervios:
hoy es de moda ese mal.

MARQ. (Muy alterada.) No tengo nada, señores.
(¡Enrique de Santillan!
¡Sí, sí! ¡por lo que sentia
lo he debido adivinar!)
(Todos se miran unos á otros cuchicheando y señalan á la Marquesa. Tocan dentro un vals.)

JULIO. (Anda el demonio en la casa,
ó no lo comprendo.)

CABALL. ¡El vals!

CONDE. Sigan ustedes bailando,
que yo me voy á acostar.
—Señora, duerma usted bien.
(La Marquesa se estremece.)
(¿Si yo durmiera?... ¡Quizá!)
(Sale precipitadamente.)

MARQ. (Con despecho.) (¡Corazon! ¿de qué me sirves?)

LINO. ¡Eh, señores, á bailar!
(Los caballeros y las señoras se dirigen al salon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MARQUESA, sentada. D. LINO, entra por la derecha

LINO. Ya estoy de vuelta, sobrina.
MARQ. (Con interés.) ¡Ah! ¿los vió usted?
LINO. En la fonda
estaba Julio; el sargento
dentro de un cuarto de hora
de Madrid vuelve; el recado
dí con sigilo á una moza.
Y con verlos, ¿qué pretendes?
MARQ. Evitar á toda costa
el duelo; si uno sucumbe...
LINO. (Sonriéndose.) Qué! cargarán las pistolas
los padrinos... No hay cuidado.
MARQ. Es un alma generosa
la de Enrique; es muy valiente,
y no quiero que se exponga
á morir en ese lance
despues de salvar mi honra.
LINO. ¿El general es Enrique?
¡Pasan en el mundo cosas!
¿Quién le conoce? Era un niño

cuando se marchó de Europa;
¡con la barba! ¡y quince años!
¡y el nombre!... ¡Su cara es otra!

MARQ. Mi primer amor fué Enrique;
le amé con el alma toda,
y el primer amor, es cierto,
nunca del pecho se borra.
Acriminando su olvido
me propusieron la boda
con el Marqués; por despecho
en ser consentí su esposa.
Murió el Marqués; siendo jóven
me encontré en el mundo sola;
me pretendieron, y tuve
mil intrigas amorosas
sin consecuencias: tomaba
el amor...

LINO. ¿Cómo una broma?

MARQ. Sí.—Me deslumbró en el Conde
el resplandor de su gloria,
que no es uno de esos fátuos
que nos fastidian y acosan:
almas vulgares, perdidas
en la molicie, que adoran
por costumbre y por estudio,
que aprendieron de memoria
cuatro frases de rutina
y las repiten á todas.
Me llegó su voz al alma;
sentí en el pecho una cosa
inexplicable; creia
que era el amor, que trastorna
el alma de una mujer
cuando á alguno se aficiona;
pero era un secreto instinto
que revolviendo mi historia
me presentaba á los ojos
una página gloriosa;
atrás vuelvo quince años:
hoy mi corazon adora
como entónces á mi Enrique,
y con el recuerdo goza.

LINO. (Sonriéndose.) Lo pintas de una manera
y de tal modo lo elogias
que casi te voy creyendo;
¡con qué fuerza te impresionas!
MARQ. ¡Qué noche! ¡cuánto he sufrido!
Conté en mi insomnio las horas
llamando anhelante al dia
por verle; si no perdona
el olvido en que le tuve,
de fijo, me vuelvo loca.
LINO. Es el amor de los hombres
como el papel de la Bolsa,
que hoy pierde todo el valor
y mañana lo recobra.

ESCENA II.

DICHOS, RAMON, por la derecha.

RAMON. Señora, aquí está el sargento.
MARQ. Que pase. (Ramon se retira.)
LINO. Te dejo sola,
que en estos negocios graves
un tercero siempre estorba.
(Se casa; será ministro;
y me conviene esta boda,
que haré contratas muy buenas
y negocios en la Bolsa.)
(Entra por la segunda puerta de la izquierda. Por la derecha sale el Conde, disfrazado de viejo, como en los actos anteriores.)

ESCENA III.

MARQUESA, CONDE.

CONDE. ¿Me ha mandado usted llamar?
¿á qué debo tal merced?
MARQ. Quiero tratar con usted
de un grave asunto.
CONDE. (Sorprendido.) ¿Tratar?
MARQ. Tenemos que ser amigos;

tome usted asiento.

CONDE. (Rehusando.) ¡Yo!...

MARQ. ¿Doy miedo? (Con risa forzada.)

CONDE. (Con intencion.) ¿Miedo? Á mí, no.

MARQ. Bien: estamos sin testigos.

CONDE. Sin embargo...

MARQ. Me ha inspirado
su persona simpatía.
Siéntese usted.

CONDE. No osaria;
pero soy subordinado. (Se sienta.)

MARQ. ¿Usted, Corrales, ignora
que hoy se bate el general?

CONDE. ¿Ignorarlo yo? No tal.

MARQ. ¿Lo sabe usted?

CONDE. Sí, señora.

MARQ. Evitar el desafio
es preciso.

CONDE. Yo no puedo...

MARQ. ¡Y qué! ¿no tiene usted miedo?

CONDE. ¿Miedo? En su valor confio.

MARQ. No los dejaré reñir;
¡ha de morir ó matar!

CONDE. Sabe el Conde pelear,
y tambien sabrá morir.

MARQ. ¡No! ¡por hacerme un servicio
su existencia va á exponer!

CONDE. Y ¿qué importa? Su deber (Riéndose.)
es reñir: matar su oficio.
Siempre estuvo peleando;
esto le divertirá;
y á ese mozo matará,
que el Conde lo hace jugando.
(La Marquesa se estremece.)
Se da en la guerra al olvido
al muerto; ¡son sus placeres! (Con intencion.)
Como olvidan las mujeres
á los hombres que han querido.
(La Marquesa le mira fijamente.)
Sin conciencia allí se tratan
los hombres: lavan sus manos; (Riéndose.)
cortan como cirujanos,

y como médicos, matan...
El mundo es perpetua guerra;
nadie con nadie se aviene;
el que más víctimas tiene
más nombre alcanza en la tierra.
Si el general no se abate,
y ya conoce el ardid,
y la vida es una lid,
déjelo usted que se mate.

MARQ. ¡Es imposible! Esa calma
¿no ve usted que me hace daño?
Yo impediré...

CONDE. (Sonriéndose.) No es extraño:
tiene usted pequeña el alma.

MARQ. ¡Hay fuego en el alma mia!

CONDE. ¡Bah! La mujer, no soy tonto,
es agua que hierve pronto,
pero que pronto se enfria.

MARQ. ¡Siempre feroz el sargento
con las damas!

CONDE. Con mis años
y mis rudos desengaños,
digo todo lo que siento.

MARQ. Sólo una vez en mi vida
quise; de tanto importuno
que me pretendió, ninguno
tuvo en mi pecho cabida.

CONDE De saberlo no he tratado;
¿tengo acaso algun derecho
para cuidar que en su pecho
no entre ningun alojado?

MARQ. Volvamos á la cuestion, (Con disgusto
porque es lo que me interesa.

CONDE. ¿Cuál es, señora Marquesa?

MARQ. El duelo. No hallo razon...

CONDE. ¿Insiste usted?...

MARQ. Por supuesto.

CONDE. Reñir al Conde le agrada
no se le oxide la espada;
usted es sólo un pretexto.

MARQ. Las gentes de mí hablarán;
y sobre todo, no quiero

que el Conde cruce su acero
con Julio de Montalvan.

CONDE. Yo, señora, no me obligo...
Y ¿quién le hace desistir?

MARQ. (Trémula.) Si muere...

CONDE. ¡Qué ha de morir!
Montalvan no es enemigo.
El Conde infirió la ofensa
y reñirá.

MARQ. ¿Reñir? ¡No!

CONDE. ¡Cuál se interesa usted!

MARQ. ¿Yo?...
Sí; más de lo que usted piensa.
Sufro un tormento cruel,
y usted me debe ayudar,
que no puedo tolerar...

CONDE. (Como herido por una idea.)
¡Yo me batiré por él!
El Conde es casi mi hermano.

MARQ. Usted reñir no podrá.

CONDE. (Sonriéndose.) Satisfecho quedará
si le castiga mi mano.
(Al ver entrar á Julio los dos se levantan.)

ESCENA IV.

DICHOS, JULIO.

MARQ. ¡Julio, gracias!

JULIO. Aunque estoy
ocupado sériamente
de un asunto muy urgente ..

MARQ. Le necesito á usted hoy.

JULIO. Por eso vine, Marquesa.

MARQ. ¿Se bate usted con el Conde?

JULIO. Así dicen, pero... (Con fatuidad.)

MARQ. (Con interés.) ¿En dónde?

JULIO. El sitio nada interesa.

MARQ. El sitio quiero saber,
que debo el duelo impedir.

JULIO. Yo no lo puedo decir.

CONDE. (Con ironía.) Aquí cerca debe ser.

JULIO. Ademas, la honra mia
está, señora, empeñada;
es fuerza que con la espada
haga al Conde una sangría.

MARQ. Ese intento será vano
porque yo sabré estorbar...

CONDE. (Burlándose.) No sabe el señor sangrar;
tiene muy torpe la mano.

JULIO. (Mirándole con el lente.)
Lo veremos.

MARQ. ¡No, por Dios!
¡Julio!

JULIO. (Con fatuidad extremada.)
¡Diligencia vana!
¡El sol que luzca mañana
no verá uno de los dos!

MARQ. ¡Usted cederá por mí!

JULIO. No tal; ceder no me toca.

MARQ. (¡Qué idea! me vuelvo loca!) (Al Conde.)
Espérese usted aquí.
(Entra por la izquierda.)

ESCENA V.

CONDE, JULIO.

CONDE. ¿Conque está usted en capilla?

JULIO. Yo no.

CONDE. ¿Segun he escuchado,
se bate usted con el Conde?

JULIO. (Dando vueltas al lente con el dedo.)
Sí; pero voy á matarlo.

CONDE. ¿De veras? (Con ironía.)

JULIO. (Con petulancia.) Tiro las armas
muy bien.

CONDE. El Conde no es manco.

JULIO. Me importa poco, pues tengo
la eleccion: soy el retado.

CONDE. ¿Y elegirá usted?...

JULIO. El sable;
sé que puedo abrirle el cráneo,
teniendo un golpe infalible

que el maestro me ha enseñado.

CONDE. (Riéndose.) ¿El sable? Me alegro mucho;
el Conde tiene una mano
de hierro, que cuando cae...
En Luchana de un sablazo
partió por medio á un faccioso;
siete á la vez le atacaron,
é hizo gigote con ellos,
saliendo ileso.

JULIO. (Haciendo una mueca.) (¡Canario!)
Bien; me batiré á florete.

CONDE. ¡Mejor!

JULIO. (Con interés.) ¿Sí?

CONDE. Nadie ha logrado
tocar con la zapatilla
su ropa; es muy sério el caso,
y á estocadas los botones
(Le pasa la mano por los botones de la levita.)
en su cuerpo va á clavarlos;
parecerá su pellejo
una criba; ¡já, já!

JULIO. (Muy irritado.) Vamos,
¿le da á usted risa?

CONDE. ¡Qué lástima!

JULIO. (Preocupado.) No es para reirse el paso.

CONDE. Me parece que le veo
como un pollo, atravesado
(Tirándose á fondo.)
en el asador.

JULIO. ¿De veras?
Pues se lleva usted gran chasco;
elegiré la pistola.

CONDE. El Conde pega un balazo
á un mosquito; ¡tiene un ojo!

JULIO. (¡Divertido estoy!) ¡Me bato
á cañon!

CONDE. (Riéndose.) Es artillero.

JULIO. ¡Á la suerte!

CONDE. Muchos años
hace que busca la muerte
y siempre lo ha respetado.

JULIO. (¡Pues que me lleve el demonio

si encuentro ya medio humano!)

ESCENA VI.

DICHOS, D. LINO.

LINO. (Entrega al Conde una carta.)
Esta carta con urgencia
para el Conde me ha entregado
mi sobrina.
CONDE. (Coge la carta.) Adios, señores.
LINO. Adios.—Es muy campechano.
JULIO. ¡Mucho, mucho!
CONDE. No me quiere
el señor, porque soy franco.
JULIO. Yo?
CONDE. Guarde usted el pellejo,
y si fuese buen cristiano,
que lo dudo, que se ponga
bien con Dios solo le encargo. (Sale riéndose.)

ESCENA VII.

JULIO, D. LINO.

JULIO. Qué bromas gasta ese viejo!
(La verdad es que me ha entrado
un temblorcillo de piernas...
No es miedo... ¡y estoy sudando!)
LINO. ¿Conque se baten ustedes?
JULIO. (Aparentando fortaleza.)
Sí.
LINO. (Riéndose.) ¡Batirse! ¡qué muchachos!
JULIO. ¿Tambien á usted le da risa?
LINO. Sí; ya estoy acostumbrado
á los duelos; una farsa
que acaba siempre almorzando.
Cuente usted conmigo.
JULIO. Viene
el ofrecimiento al caso.
¿Quiere usted ser mi padrino?
LINO. No, señor.

JULIO. ¡Gracias!
LINO. Soy claro.
JULIO. ¿Entónces?...
LINO. Yo me ofrecia
como simple convidado
para asistir al almuerzo,
mas no para ver los palos.
JULIO. Este duelo me atormenta,
que sin razon lo he buscado.
Si usted, don Lino, encontrara
algun medio de evitarlo...
LINO. ¡Dios me libre!
JULIO. (¡Todo el mundo
contra mí se ha conjurado!)
LINO. ¿Teme usted al Conde?
JULIO. No;
pero la justicia, al cabo...
LINO. Usted defiende los duelos:
dice que son necesarios;
¿recuerda usted su revista
del miércoles? ¡Es extraño!...
JULIO. Una cosa es escribirlo
y otra cosa es practicarlo;
el batirse con la pluma
no es como salir al campo.
LINO. Pues escriba otra revista
para mañana, cantando
la palinodia.
JULIO. Yo? ¡Nunca!
¡ántes me corten la mano! (Mira el reloj.)
—¡Las tres! (¡Se acerca la hora!
de fijo me he puesto pálido!)
(Presenta la mano á D. Lino haciendo un esfuerzo para sonreirse.)
Hasta despues. Si me matan...
LINO. (Riéndose.) Juntos mañana almorzamos.
JULIO. (¿Tira las armas?... ¡Por vida!...
¡Este trance es muy amargo!)
(Se va por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. LINO.

¡El duelo! ¡es cosa de burla!
¿Qué es un duelo bien mirado?
¿Un procedimiento químico
que las gentes adoptaron
para lavar manchas?—Bueno;
¡nos guardaremos del barro!

ESCENA IX

D. LINO, CÁRLOS.

CARLOS. (Le encuentro solo.) Don Lino,
muy felices.
LINO. (Le da la mano.) ¡Hola, Cárlos!
CARLOS. En busca de usted venia.
LINO. Si puedo servirte en algo...
CARLOS. Debe batirse esta tarde
el Conde; yo le acompaño;
necesita otro testigo
y usted lo será.
LINO. He negado
el mismo favor á Julio;
yo no sirvo para el caso,
y á más no debo meterme
en esa broma á mis años.
CARLOS. Don Lino, es preciso; el Conde
en Carabanchel no ha hallado
una persona que pueda
desempeñar este cargo;
si va á Madrid, es seguro
que se promueve un escándalo.
LINO. Bien quisiera; pero nunca
en lances me ví, soy franco.
¡Haré un bonito papel
si de los nervios me ataco!
¡la pólvora solamente
con el olor me hace daño!

CARLOS. Ya lo ofrecí; no hay disculpa.
LINO. ¿Pistola?
CARLOS. Á boca de jarro.
LINO. ¡Se matarán!
CARLOS. Por supuesto.
LINO. ¡Eso es un asesinato!
CARLOS. Lo exige el honor.
LINO. (Santiguándose.) ¡Jesus!
(¡Se pone el asunto malo!)
¿El sitio?
CARLOS. Al salir del pueblo;
muy pronto de vuelta estamos.
LINO. (¡Ay! ¡si volveré!)
CARLOS. Aquí el Conde
vendrá en su coche á buscarnos.
LINO. (Acercándose mucho.)
¿No fuera mejor batirse
con sable, á cuarenta pasos?
CARLOS. El general llega.
LINO. (¡Ay, Dios!)
Haz por disculparme, Cárlos.

ESCENA X.

DICHOS, CONDE.

CARLOS. (Saliendo al encuentro del Conde.)
Con gusto el señor don Lino
acepta el honroso cargo.
(D. Lino hace un gesto.)
Cuando usted guste podemos
marchar.
CONDE. (Mira el reloj.) Aún no son las cuatro.
(Presenta la mano á D. Lino.)
Nunca olvidaré el servicio
que me hace; venga esa mano.
LINO. (Trémulo.) No merece... usted... disponga...
CONDE. (Parece que está temblando.)
CARLOS. (Estrechando la mano al Conde.)
Usted me ha abierto los ojos;
¡y le debo tanto, tanto!
CONDE. El hombre debe ser hombre

en las ocasiones, Cárlos.

CARLOS. Si usted sucumbe en la lucha,
le vengaré.

CONDE. (Sonriéndose.) No hay cuidado;
defiendo la buena causa,
y fio en Dios y en mi brazo.
Quiero ver á la Marquesa,
porque llamar me ha mandado.

CARLOS. ¿No teme usted?

CONDE. No: los hombres
como yo, que están probados,
cuando ven que hay un peligro
les gusta siempre afrontarlo.
Muy pronto despacho; ustedes
pueden esperarme abajo,
en el coche.

CARLOS. Bien.—Don Lino...

LINO. (¡Yo soy el sacrificado!)
(Salen D. Lino y D. Cárlos.)

ESCENA XI.

CONDE.

¿Me llama? ¡Débil me siento
para luchar con mi estrella!
(Mirando al cielo.)
¡Dejad que muera por ella,
y así moriré contento!
¿Cómo apago este cariño,
si tanto dominio tiene
sobre mi sér? ¡Ella viene!
(Mirando á la izquierda, se oprime el corazon con despecho.)
¡Qué hermosa está! ¡Soy un niño!
(La Marquesa, al verle, da un grito y se adelanta precipitadamente.)

ESCENA XII.

CONDE, MARQUESA.

MARQ. ¡Ah! ¡mi Enrique!
CONDE. (Impasible.) Soy, señora,
el general Santillan.
MARQ. Inútil será tu afan,
porque te conozco ahora.
CONDE. No es fácil desconocer...
MARQ. ¡Enrique, soy tu Maria!
¿No te acuerdas?
CONDE. (Con indiferencia.) No, á fe mia.
No la conocí hasta ayer.
MARQ. ¡Ah! sí: con razon me tratas
de ese modo, sin piedad;
merezco tu crueldad;
¡con tu desprecio me matas!
CONDE. Usted llamar me mandó;
vengo: saber me interesa
si puedo servir. Marquesa...
MARQ. ¿Y no lo adivinas?
CONDE. No.
MARQ. Quince años muy pronto hará
que un hombre á Méjico fué,
y no volvió.
CONDE. (Con desden.) Ya lo sé;
de eso, ¿quién se acuerda ya?
MARQ. ¿Y su amor?...
CONDE. ¡Una quimera!
Todo en el mundo se olvida;
quince años son una vida,
una eternidad entera.
Repasando mi memoria,
traigo trabajosamente
algun recuerdo á la mente
de esa pasajera historia.
Amor juré y me juró;
era mozo; un pasatiempo...
pero la ausencia y el tiempo...
Yo la olvidé y me olvidó.
MARQ. ¡Él antes! sí!

CONDE. En olvidar
hizo bien.
MARQ. Ella despues
de mucho sufrir...
CONDE. (Con ironía.) Hoy es
Marquesa del Saladar.
MARQ. Mas se casó por despecho,
sin amor.
CONDE. (Con un arranque.) ¡Mas criminal!
¡Sufrió el lazo conyugal
sin sentir nada en el pecho!
¿Á un hombre que no se adora
mentirle amor y delicias?
¿Engañarle con caricias?
¡Eso es delito, señora!
MARQ. (Turbada.) ¡Conde!
CONDE. (Cambiando de tono.)
Tiene usted razon;
sentir un amor profundo
fuera faltar en el mundo
á la ley del corazon.
¿Qué me importa? La olvidé;
como en la córte nací,
tambien la ley aprendí
y tambien la practiqué.
(Sonriéndose forzadamente.)
Apaga el amor la ausencia;
y luego, ¡amor es tan vario!
¡Fuera un caso extraordinario
quince años de consecuencia!
Conozco, sin ser maestro,
los instintos cortesanos;
es amor juego de manos,
y siempre gana el más diestro.
MARQ. Te empeñas en ocultar
tu nobleza; no te creo;
tu instinto en el rostro leo;
no me puedes engañar.
Jugué con el corazon;
hoy bien mi suerte lo llora;
mi arrepentimiento ahora
alcanzará tu perdon.

CONDE. Marquesa, apagado el fuego,
¿qué en la ceniza buscamos?
Si ya el desquite encontramos,
¿á qué comenzar el juego?

MARQ. Estaba el fuego escondido;
al vernos se revolvió;
nueva llama le prestó,
y está otra vez encendido.
(Dan las cuatro en el reloj.)

CONDE. ¡Ah! ¡me recuerda un deber
ese reló!

MARQ. (Con horror.) ¡El desafio!
(Corre y se pone delante de la puerta.)
No!

CONDE. (Queriendo salir.)
¡Mi honor!...

MARQ. ¡El honor mio
sé que vas á defender!
¡Que hable el mundo! ¡No te opongas!
Aviva el fuego mi amor;
está á cubierto mi honor,
y no quiero que te expongas.

CONDE. Señora, á las cuatro y media
en el sitio debo estar.

MARQ. No!

CONDE. ¡Déjeme usted pasar,
y acabemos la comedia!

MARQ. (Con dignidad.) Enrique, nunca esperé
que sin piedad me ofendieras,
mas yo no quiero que mueras;
si no vuelves...

CONDE. (Con decision.) ¡Volveré!
Sin hallar nunca reposo
llamé á la muerte; no muere.
Marquesa, el que morir quiere;
muere sólo el que es dichoso.

MARQ. ¡Te vende esa confesion! (El Conde se turba.)
¿Por qué pretendes salvar
mi honor? No puedes negar
que te arrastra mi pasion.

CONDE. ¡No, Marquesa!

MARQ. ¡Enrique, gracias!

Lo que pasa entre los dos
adivino bien.

CONDE. (Le da la mano agitado.) Adios.

MARQ. No! ¡presiento dos desgracias!

CONDE. Debo, Marquesa, marchar.

MARQ. (Vacilante.) Si no vuelves...

CONDE. ¡Volveré!
(¡Por salvarla moriré!
¡Con ella no sé luchar!)

(La Marquesa le estrecha la mano y cae en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos. El Conde sale precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XIII.

MARQUESA.

¿Le dejé marchar? ¡Dios mio,
sálvale!... ¡Maldita estrella!
¿Expone por mí su vida,
y consentiré que muera?
¡Alma generosa y grande,
tu conducta me avergüenza,
que con tus buenos instintos
me castiga tu nobleza! (Se levanta.)
¡Ah! ¡yo evitaré el combate
con valor, aunque me pierda!
(Tira de la campanilla, y Ramon se asoma á la puerta.)
Ramon, mi berlina, pronto.
—Llegaré á tiempo.—Ruperta,
(Llama por la izquierda, y se asoma una criada.)
mi sombrero.—No es difícil
saber en donde se encuentran.
(Sale la criada y deja el sombrero encima de la mesa.)
Se ha despertado en mi alma
aquella pasion primera
que me arrebataba el sueño;
hice al amor una ofensa...
¡Enrique!... ¿Y en este instante
peligra?... ¿por mí que diera
toda mi vida?... ¿Y el coche?
¡Me devora la impaciencia!

ESCENA XIV.

MARQUESA, SOFÍA por la izquierda.

SOFIA. ¿Salió mi padre?
MARQ. (Con disgusto.) No sé.
(Se dirige á la puerta y vuelve agitada.)
(¡Cómo tarda!)
SOFIA. ¿Estás inquieta?
MARQ. No te engañas; en la vida
hay horas que son eternas.
SOFIA. Para las almas que sufren,
para los que nada esperan,
para el que vive llorando,
siempre es igual la existencia:
serán las horas que pasen
como las horas que vengan.
Cuando de acerbos dolores
nuestro corazon se llena,
los que vienen luégo, sitio
en el corazon no encuentran.
MARQ. ¡Dolores! tú no has probado
el aguijon de las penas...
¡Llorar! llorarán tus ojos
sin que tu alma lo sepa.
SOFIA. Lloré en silencio, teniendo
de que me viesen vergüenza.
MARQ. Inútil llanto, Sofía;
¿qué pesares te atormentan?
SOFIA. (Con sarcasmo.) ¡Inútil, para el que tiene
duro el corazon de piedra!
¡Si yo no hubiese llorado
mayor mi tormento fuera!
Acariciaba un ensueño
y lloré pronto su pérdida;
hoy lloro la realidad
porque llorar me consuela.
MARQ. (Con desden.) La causa de ese tormento
¿cuál es? Saberla quisiera.
SOFIA. (Exaltada.) ¿Tú me preguntas la causa?
Examina tu conciencia.

MARQ. Esa acusacion...
SOFIA. (Con firmeza.) Es justa.
Amaba con fe sincera
á Cárlos; era mi dicha;
trastornaste su cabeza,
y despreció mi cariño
por el tuyo.
MARQ. (¡Tambien ella!)
Eres injusta, Sofía;
vé que la pasion te ciega.
SOFIA. Tú no le amabas, yo sí; (Con sarcasmo.)
¡siempre los hombres aciertan!
Trás de tí corren los hombres,
y su dolor te recrea;
en esa vida de intrigas,
en que el incienso te queman,
todo te produce hastío,
porque te falta, Marquesa,
lo que en el pecho me sobra:
¡corazon que lata y sienta!
(Ramon se presenta en la primera puerta de la derecha; la Marquesa al verle se estremece y corre á coger su sombrero.)
RAMON. El coche...
MARQ. Voy al instante.
¡El duelo! ¡Dios me proteja!
(Sale precipitadamente detrás de Ramon. Sofía la vé marchar con espanto y se queda un momento preocupada.)

ESCENA XV.

SOFÍA, despues RAMON.

SOFIA. ¡El duelo dijo! ¿Qué es esto?...
¿Cárlos acaso? ¡Qué idea!...
(Se acerca á la puerta y llama; entra Ramon en seguida.)
Ramon.—¿Dónde está mi padre?
RAMON. Salió en una carretela
con el Conde y con don Cárlos;
y la señora Marquesa

mandó enganchar enseguida.

SOFIA. ¡Mi padre! ¡Cárlos!... Me aterra
el pensar... ¿Adónde fueron?

RAMON. No sé; tengo una sospecha...
una caja que llevaban...

SOFIA. ¿Pistolas?

RAMON. Segun las señas...

SOFIA. Oh!.. ¡qué desgracia, Dios mio!
(Se oye el ruido de un coche.)

RAMON. Un coche pára á la puerta.

SOFIA. ¡Ramon, corre! ¡Serán ellos!
(Ramon se retira; ella sale despues muy de prisa.)
Voy; ¡me mata la impaciencia!
(Vuelve á entrar, abrazando á D. Lino; detrás llega el Conde muy pálido dando el brazo á Cárlos.)

ESCENA XVI.

CONDE, CÁRLOS, D. LINO, SOFÍA.

SOFIA. ¡Padre!

LINO. Vuelvo sano y salvo.
¡Ese Conde es una fiera!
¡Una y no más!

SOFIA. (Acercandose á Cárlos.) ¡Cárlos!
(Cárlos y Sofía se estrechan las manos.)

CARLOS. (Ap. al Conde.) Conde...

CONDE. (Ap. á Cárlos.) Eso corre de mi cuenta.

LINO. (Á Sofía.) ¿Por quién supiste que fuimos
á batirnos?

SOFIA. La Marquesa
salió en su coche hace poco,
asustada.

CONDE. (¡Siempre ella!)

SOFIA. ¿Y el duelo?

LINO. ¡Se consumó!
Nos batimos, y fué adversa
la suerte á Julio.

SOFIA. (Con horror.) ¿Murió?

LINO. Será muy fácil que muera;
la bala le entró en el pecho.

SOFIA. ¡Ah!

CONDE. Fué la maledicencia
quien le mató, no mi brazo.
SOFIA. ¡Infeliz!
LINO. Cuando lo sepa
la justicia...
CONDE. Yo no temo
á la justicia: ¡que venga!
Cumplir un deber sagrado
es mi mision en la tierra,
y pues hoy hacer me toca
el papel de providencia,
pido perdon para Cárlos,
que deplora sus quimeras,
(Coge la mano á Cárlos y se dirige á Sofía.)
reconoce su extravío
y llora su inconsecuencia.
SOFIA. (Muy agitada.)
¿Es verdad, Cárlos?
CARLOS. (Con pasion.) ¡Sofía!...
¡Qué feliz soy! (Se dan las manos.)
CONDE. Tambien ella.
LINO. (¡Este Conde es una alhaja!
¡lo mismo casa que pega!)
CONDE. (Á Cárlos sonriéndose.)
Esta quinta no conviene
á un alma que estuvo enferma;
es bueno mudar de aires
para la convalecencia.
CARLOS. Sí, Conde.
SOFIA. Á Madrid iremos.
LINO. Llega un coche: la Marquesa.
(El Conde se estremece.)
CONDE. Tengo que darle una carta;
quiero estar solo con ella.
LINO. (Se reconcilian ahora
y mi fortuna está hecha.)
(Entran todos por la izquierda, ménos el Conde, que se queda pensativo.)

ESCENA XVII.

El CONDE, despues la MARQUESA.

CONDE. ¡Son dichosos!... Es profundo
su cariño; pero yo...
(Saca una carta y la lee convulso.)
¿Ella esta carta escribió?
¡Ah! ¡no me engañaba el mundo!
(La Marquesa entra por la izquierda, y al ver al Conde da un grito; éste, impasible, se cruza de brazos.)

MARQ. ¡Enrique! ¡todo lo sé!
Esta prueba de tu amor...

CONDE. Juré salvar el honor,
y lo cumplí. Tome usté.
(Le da la carta; la Marquesa se estremece al cogerla.)
Julio pagó su maldad;
mi bala le entró en el pecho;
si despues muere, habré hecho
un bien á la humanidad.
Mi mano fué el instrumento
del castigo: no me pesa;
si en esto hay crímen, Marquesa,
no es mio el remordimiento.

MARQ. (Trémula.) ¡Ah! ¡terrible acusacion!
¡Es toda la culpa mia!

CONDE. (Con sarcasmo.) ¡Crímen la coquetería!
¡Jugar con el corazon!
Es una nueva victoria
que saciará su deseo;
este es un nuevo trofeo
para su ambicion de gloria.
Con esto conseguirá
otro encanto, otro aliciente,
porque mañana, la gente
de la víctima hablará.

MARQ. Conde, la ofensa mayor...

CONDE. ¡Cuesta tan poco mentir!
¡Cuesta tan poco escribir
cuatro palabras de amor!

MARQ. Aunque ofendas mi altivez
sufriré tu acusacion;
despertaste mi pasion,
y eres inflexible juez.

CONDE. En esa pasion no creo;
usted nunca se interesa.
(Con un arranque de orgullo.)
¡Soy yo mucho hombre, Marquesa,
para servir de trofeo!

MARQ. ¡Enrique!

CONDE. ¡Sí! Una mujer
que juega con la pasion.
á un amante corazon
¿qué es lo que puede ofrecer?
Mi voluntad es muy grande;
para mí siempre sagrada;
me sobra valor: no hay nada
que me domine y me mande
Hoy, confesarlo me pesa,
el corazon me faltó;
mas su fuerza recobró.

MARQ. (Con mucho interés.)
Y ¿quién pudo?...

CONDE. Usted, Marquesa.

MARQ. ¡Enrique! (Con desvarío.)

CONDE. (Con dolor profundo.) Y este dolor,
¿quién llegará á comprender?...
Soñé con una mujer
y soñé con el amor.
Con un amor puro, inmenso,
que el sello de Dios reciba;
no un amor frágil que viva
entre el humo del incienso.
Todo un amor sin deseos,
sin pasado, amor presente;
no un amor que se alimente
de sueños y devaneos.
Solo un amor cada historia
debe encerrar en su seno;
¿quién ama teniendo lleno
el libro de la memoria?

MARQ. Mi culpa reconocí:

mi pasado olvidaré,
y esos nombres borraré
para consagrarme á tí.

CONDE. Borrar un nombre es intento,
señora, que juzgo vano;
aunque lo borre la mano,
no lo borra el pensamiento.
Quise con idolatría
á una mujer; la adoré,
y en mi delirio grabé (Señala al pecho.)
aquí el nombre de María.
Partí; guardé consecuencia,
y allá no apagué mi llama;
el corazon que bien ama
se enciende más en la ausencia.
No pudiendo soportar
mi estado, vine; al volver,
supe que era esa mujer
Marquesa del Saladar.
La guerra civil ardia;
loco, delirante, ciego,
busqué la muerte en el fuego
para olvidar á María.
Luché con mi desventura:
hice proezas de ardor,
y el mundo juzgó valor
lo que era solo locura.
Fija en mi mente María,
mi valor se acrecentaba;
así, el peligro buscaba,
y la muerte no venia.
Me hizo el destino volver
cubierto de inmensa gloria;
y si aún vive en mi memoria,
¡ay! ¿por qué la vuelvo á ver?

MARQ. ¡Porque así lo quiere Dios!
(Con exaltacion.)
¡Ah! ¡bendigo mi destino!

CONDE. ¡Dios la puso en mi camino
(Con desesperacion.)
por desdicha de los dos!

MARQ. Cesarán tus desengaños:

la mujer que te queria...

CONDE. No! ¡no es aquella María
que yo adoré quince años! (Con frenesí.)
¡Que estoy adorando ahora!
Sí! ¡confieso mi flaqueza!
¡Sufro! ¡Maldita entereza!
(Con un arranque de dolor.)
¡Feliz la mujer, pues llora!

MARQ. ¡Enrique! (Delirante.)

CONDE. (Rechazándola.) No! ¡mi pasion
no comprende esa mujer!
¡El olvido! ¡Sabré hacer
pedazos mi corazon!

MARQ. ¡Arrepentirse en la vida
es ser grande!

CONDE. (Con calma.) ¡Nunca, no!
Siempre el alma conservó
la inclinacion adquirida.
(Exaltándose.)
¡Esa carta! ¡su pasado!
Ah! ¡seré firme! ¡no quiero
dar un corazon entero
por un corazon gastado!

MARQ. ¡Conde!

CONDE. ¿No tengo derecho
para culpar tu falsía?...
(Con dolor.) ¡Dios te perdone, María,
el mucho mal que me has hecho!

MARQ. Ah! ¡te olvidé, Enrique, sí!
(Con entusiasmo.)
¡Te estoy admirando ahora!...
¡Amor mi pecho atesora! (Llorando.)
¡No puedo vivir sin tí!

CONDE. (Retrocede, dando muestras de una gran lucha.)
(Ah! valor!) ¡Marquesa, adios!

MARQ. (Queriendo detenerlo.)
Ah! ¿quieres verme morir?

CONDE. (Con desesperacion.) ¡Déjame solo sufrir,
y no suframos los dos!
(Quiere salir y se contiene. D. Lino, que entraba por la izquierda con Cárlos y Sofía, se detienen en la puerta; los tres observan con ansiedad.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. LINO, CÁRLOS, SOFÍA.

MARQ. (Vacilante.) (¡Se va, y este amor profundo!...) ¡Enrique, ven!

CONDE. (Comprimiéndose el pecho.) (¡Corazon!) (Da algunos pasos para volver, lucha un instante y sale precipitadamente.) ¡Adios!

MARQ. (Da un grito.) Ah! ¡qué expiacion! (Cae desplomada.)

CARLOS. ¡Hé aquí lo que enseña el mundo! (Los tres se acercan á socorrerla.)

FIN DE LA COMEDIA.

cenlciento.
almadreño.
s.
l vicio.
de viento.
e Correlargo.
oro.
regimiento.
mi mujer.
os.
dres.
Rey René.
os.
de Murillo.
a.
a de Catana.
sita.
e la vida.
Garan.
n piloto.

n el campamento, ó
Africa.
s.
ros de la niebla.
e matrimonio.
Babel.
l gallo.
liencia.
lhaia.
mada.
os (refundida.)

i sobrina.
bano.
rla
1818.
ista de pájaro.
hojuelas.
c Polonia.
a Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresallos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Unamor á la moda.
Una conjur acion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en eusrte.
Una leccion reservada.
Un marido s ustuto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudianle novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro
buena ley.
s feo.
cuchilladas
la Gitana.
marte.
lora.
ndo.
iquita.
nto, ó el Alcalde pro-

ial.
er.
o.
de una ópera.
o y la maja.
el hortelano.
y en Marruecos.
n la ratonera.
te carnaval.
(drama lirico.)
on de la Rioja *(Música.)*
le de Leforieres.
á escape.
n español.
a
e feliz.
blanco.
i.
mono.
vuelo de un pollo
o y Valdemoro.
ismo... ¡animal!
e la calle Mayor.
s del oro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mundo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Juego de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Idimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Teluan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Mati de y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	L. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	I. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Guilon.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	R. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Grespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	I. Perez Finixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Maturó.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Heredero de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Saleedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	Y. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Hereia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.